

ANECDOTA HISTORICA.



ENCUENTRO DE CÁRLOS II CON EL VIATICO.

El día 20 de enero de 1685 amaneció en Madrid un día despejado y sereno: el cielo limpio de nubes apareció con aquel hermoso azul que alegra la vista y vivifica la naturaleza. Toda ella estaba en calma, y la brisa mas ligera no agitaba las pocas hojas que las escarchas habian dejado en los árboles: los pajarillos abandonando sus asilos salian á disfrutar de tan benigno ambiente, y alegraban el campo con sus gorjeos. A lo lejos el nevado Guadarrama cerraba este cuadro encantador, presentando su frente cubierta de nieve y sus faldas revestidas de un azul oscuro.

Acababa Carlos II de oír misa, y dirigiéndose á su aposento, abrió una de las ventanas del alcázar, que daba al parque, ó campo del moro. Su alma comprimida dentro de aquel cuerpo enfermizo, pareció rejuvenecerse al sentir el contacto de aquel ambiente voluptuoso y á la vista del agradable panorama que se desplegaba ante sus ojos.

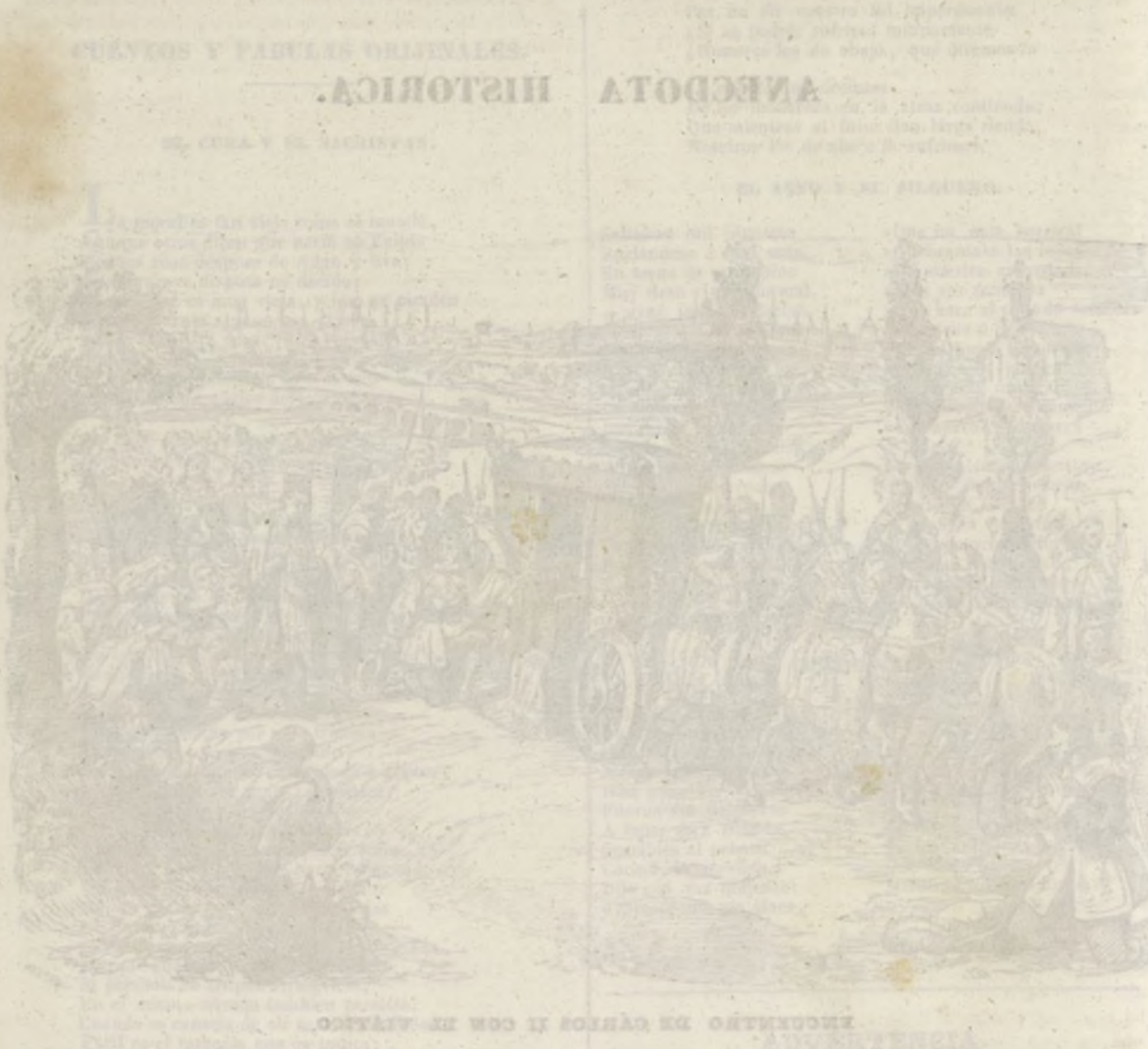
Una turba de jóvenes paseaba el parque, galopando y compitiendo en los escarceos de sus caballos. Al mismo tiempo otra multitud de caballeros y señoras desembocaba

AÑO VII.

por los portillos de Segovia y de la Vega, dirigiendo sus pasos hácia las orillas del rio, ó paseando por el camino del Pardo. Miró el rey con envidia aquel concurso alegre y bullicioso, y sintió apoderarse de su alma aquella timidez melancólica que formaba el fondo de su carácter. Acordábase en aquel momento que era rey de vastas monarquías, y que millones de hombres acataban sumisos su débil voz, y con todo, á pesar de su mando absoluto, era trípemente esclavo y mucho mas infeliz que la mayor parte de sus vasallos. El triste monarca veía tiranizadas su imaginación, su voluntad, y hasta sus menores acciones, por los exorcismos, los preceptos higiénicos y la etiqueta que gravitaba sobre él con toda la rigidez del ceremonial austriaco.

Cansado de tan violenta situación, despreció los mandatos del médico, y mandó poner su carroza: poco rato despues salió por el portillo de S. Bernardino, acompañado de la guardia chamberga que custodiaba su persona, bajando hácia el camino del Pardo, que estaba lleno de gente de todas clases, y de caballos, coches y literas.

26 de junio de 1842.



Aun no se había formado en aquel sitio la calzada que actualmente existe, antes por el contrario el camino ofrecía una superficie tortuosa y desigual, y en aquel momento por algunas partes casi intransitable, á consecuencia de las lluvias anteriores. Tampoco se había erigido aun la preciosa capilla de S. Antonio, en que Goya nos legó una de sus brillantes inspiraciones: unos pocos cipreses y algunos árboles esparcidos sin concierto formaban entonces el único ornato de la Florida.

Al llegar Carlos II á este sitio, observó que la gente se paraba, y que su guardia postrada en el suelo inclinaba los arcabuces. Al mismo tiempo vió á un sacerdote que caminaba lentamente, arropado en su manto, y precedido de un niño que llevaba un farol. Hizole el Rey señal para que se acercase, y le preguntó qué llevaba. Respondióle el sacerdote diciendo, que era el teniente cura de S. Marcos, que iba á llevar el viático á un guarda ú hortelano del soto de *Migas calientes*. Acordóse al punto Carlos II del ejemplo de *Rodolfo de Haspbourg* (1) ilustre tronco de su

familia, y bajando de su coche, hincó una rodilla en tierra; y al mismo tiempo invitó al cura á que tomase su asiento, dándole tratamiento de *merced*. En seguida cerró la portezuela con sus propias manos, y se puso á seguir el coche á pie y con la cabeza descubierta.

Bien ageno se hallaba el pobre hortelano de la visita que le iba á llegar. Acababa de dirigir al cielo una ferviente súplica por la suerte de su hija, que iba á quedar huérfana y desvalida. Lloraba esta infeliz á la cabecera de su moribundo padre, á quien veía parecer destituido de todo socorro humano, cuando llegó á sus oídos el ruido confuso de los coches, y el sonido de la campanilla, que

conde de *Haspbourg* yendo un día con su halcón por un campo, en ocasión que había muchos lodos, vió llegar á un sacerdote precedido de un acólito con una linterna. Conociendo que llevaba el viático para algun enfermo, se apeó humildemente de su caballo, y tuvo el estribo para que montase el cura en él, haciendo que el acólito subiese en el del escudero que le acompañaba. Los autores religiosos miran este acto de veneracion al SSmo. Sacramento como una de las causas de su promocion al imperio y del engrandecimiento de la casa de Austria, que le tiene por fundador.

(1) Refiérese de este emperador, que cuando era simple

indicaba la aproximación del viático. Poco rato después entró este precedido del rey y de una multitud de señores de la corte, que á imitación suya le habían seguido. La turbación del enfermo fue tal, que apenas acertó á responder á las preguntas que le dirigía el sacerdote, no menos confuso que él.

Luego que hubo terminado este su ministerio, dirigióse el rey al enfermo, y le preguntó cariñosamente por el estado de su salud y de su familia. Conociendo que lo que mas le afligía era la suerte de su pobre hija, á quien iba á dejar huérfana, puso en manos de ella el bolsillo que llevaba, y ofreció al padre cuidar de su colocación. A imitación del rey los cortesanos que le acompañaban dieron á la pobre joven muestras de su generosidad.

Volvió el cura á subir en el coche que había ocupado á la venida, y el rey al costado, caminando así hasta la fuente de Leganitos, desde donde marchó á pie hasta la iglesia parroquial, y luego que se concluyó la reserva volvió á palacio entre los aplausos de la multitud, que vitoreaba su piedad.

Con este motivo se abrió aquel mismo año en Amberes una hermosa lámina aludiendo á este asunto: en la parte superior está la Iglesia Católica con todos sus atributos. En el centro de la lámina, Carlos II arrodillado al estribo del coche ofrece su asiento al cura: una multitud de guardias, caballeros de las órdenes, damas, frailes, coches y lacayos concurren á dar realce á la escena con sus posturas y variados trages. En lontananza se ven el Alcazar real, el puente de Segovia y una gran parte de Madrid. Salíó acompañada esta lámina de un poema latino del P. Manuel Van-Outers, alusivo al suceso.

Desde entonces los reyes de España han observado puntualmente la costumbre de ceder su coche, siempre que se encuentran al Sto. viático.

V. DE LA E.

MORAL PRIVADA.

PLAN IDEADO POR BENJAMIN FRANKLIN PARA ARREGLAR SU VIDA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

El artículo que mas inconvenientes me opuso fue el del orden. No tardé en persuadirme que mi plan de distribución del día, aunque podía ser practicable para un hombre cuyas ocupaciones fuesen de tal naturaleza, que le permitiesen la libre disposición del tiempo, presentaba su ejecución muchas dificultades para un dueño de establecimiento, obligado á sostener relaciones con toda clase de personas, y recibirlas á las horas que tuviesen por oportuno visitarle. También hallé difícil de observar el orden en cuanto al punto que debía tener cada cosa, cada papel, etc. No me había acostumbrado desde un principio á este método, y como tenía una memoria excelente, no conocía el inconveniente de las faltas en este precepto. Este artículo me costó una atención tan penosa; me hallaba tan aburrido de incurrir tan amenudo en faltas, de tener tan frecuentes recaídas y de hacer en él tan cortos progresos, que estuve por decidirme á tomar el partido de renunciar al referido precepto.

Este caso juzgo que ha sido muy comun en algunas personas, por falta de algunos medios semejantes á los que yo empleaba, que habiendo hallado mucha dificultad en adquirir ciertas buenas costumbres, ó en abandonar otras

malas, renuncian á sus esfuerzos y concluyen por decir que el orden es imposible. Cualquiera que pretendiese ser, mi plan y la razón me sugería también algunas veces que esta estremada exactitud, tal como yo la exijía de mí mismo, podía ser una especie de niñería en la moral, que hubiera hecho reír á espensas mías, si hubiese sido conocida; que un empeño perfecto podía experimentar el inconveniente de hacerse objeto de envidia y de aborrecimiento; y que un hombre que quiere el bien, debe sufrir-se á sí mismo algunas ligeras faltas, á fin de permitir la franqueza á sus amigos. El hecho es que yo me hallaba incorregible sobre el artículo del orden, y hoy que soy anciano, y que mi memoria es mala, experimento de una manera sensible la falta de esta cualidad. Pero en el total, aun cuando no haya llegado á la perfección, á que con tanta ambición aspiraba, y de la que tan lejos he estado, mis esfuerzos me han hecho sin embargo mejor y mas feliz de lo que sería si no la hubiese emprendido. Así es como el que quiere hacer una bonita forma de letra por la imitación de las muestras grabadas, aun cuando no llega nunca á copiarlas con la misma perfección, sus esfuerzos á lo menos le conducen á formar una letra clara y legible.

Acaso será útil el que mis descendientes sepan que con este método y ayudado por la gracia de Dios, fue como uno de sus antepasados adquirió una felicidad, que conservó constante toda su vida hasta la edad de 79 años en que escribe estas páginas. Los reveses que pueden acompañar el resto de sus días, están en las manos de la Providencia; pero si le llegan á suceder, la reflexión sobre lo pasado deberá darle fuerzas para soportarlos con mas resignación. Atribuye á la templanza su prolongada salud; al trabajo y á la economía el bienestar que adquirió desde joven, la fortuna que le ha seguido y todos los conocimientos que le han puesto en estado de ser un ciudadano útil, y le han adquirido un cierto grado de reputación entre los sabios; á la sinceridad y la justicia debe la confianza de su país y los honoríficos empleos de que le ha revestido; y en fin, á la influencia reunida de todas estas virtudes, aun en estado de imperfección en que ha podido adquirirlas, debe la igualdad de genio, la alegría en la conversacion, que hacen apreciable su compañía hasta de la bulliciosa juventud. Espero, pues, que algunos de mis descendientes quieran imitar este ejemplo, y por ello tendrán que felicitarse.

Se observará, que aunque mi plan de conducta no carece enteramente de principios de religion, no entra sin embargo en él ningún dogma que pertenezca á una secta particular. He evitado de intento este punto, porque estando bien convencido de la utilidad y de excelencia de mi método, y persuadido de que podría servir á hombres de todas religiones, me proponía desde luego publicarle de un día á otro, y no quería que pudiese escitar la prevención de ningún individuo de cualquiera secta que fuese. Me había resuelto á publicar un breve comentario de cada virtud, en el cual hubiera demostrado la ventaja de poseerla, y los males que acarrea el vicio que la es opuesto. Hubiera intitulado mi libro *El arte de la virtud*, porque en él habria manifestado los medios de adquirirla, lo cual le hubiera distinguido de las simples escitaciones al bien, que ni dan á conocer ni indican los medios de alcanzarle; asemejándose al hombre de que nos habla el apostol, cuya caridad era todo palabras, y no manifestaba al desnudo ó al hambriento dónde ó cómo encontrarían alimentos ó vestidos, contentándose con exhortarle á que comiese y se vistiese. (Santiago, Ep. cap. III, vers. 15 y 16.)

Las cosas no obstante han tomado tal giro, que mi intención de escribir y publicar este comentario no llegó á tener efecto. Habia alguna que otra vez escrito varias no-

tas, ideas y razonamientos que contaba emplear, á fin de servirme despues de ellos; pero las continuas tareas que han exigido mis negocios particulares en la primera parte de mi vida, y despues los negocios públicos, de que me he visto encargado, me han obligado siempre á diferir este proyecto. Comprometido ademas mi espíritu en otro grandioso proyecto, cuya ejecucion exigia todo un hombre, y del cual me he visto desviado por una série imprevista de ocupaciones, ha permanecido imperfecto hasta este momento.

Mi designio en aquella obra era explicar y probar este axioma. "Que las malas acciones no son malas porque estén prohibidas, sino que están prohibidas porque son malas." Considerando solo la naturaleza del hombre, hubiera establecido que todo aquel que desea ser dichoso aun en este mundo, necesita ser virtuoso. Que hay ricos negociantes, grandes estados, principes que necesitan hombres de probidad para la direccion de sus negocios; y como semejantes sugetos no abundan demasiado, hubiera tratado de demostrar para instruccion de los jóvenes, que de cuantas cualidades pueden conducir á la fortuna á un hombre pobre, las que mejor probabilidad tienen de buen éxito son la probidad y la integridad.

Mi lista de virtudes no contenia en un principio mas que doce; pero un quáquero amigo mio tuvo la bondad de advertirme, que generalmente me consideraban como engreido, que el orgullo se manifestaba frecuentemente en mi conversacion, que en una disputa no me contentaba con llevar la razon, sino que me hacia arrogante y aun insolente, y me convenció citándome varios ejemplos: Resolví, pues, curarme de este vicio, ó llámese manía, lo mismo que de los demas, y añadí la humildad á mi lista, dando á esta un sentido estenso.

No puedo alabarme de haber llegado á poe ser enteramente esta virtud, pero á lo menos gané mucho en cuanto á su apariencia. Tomé un empeño formal en evadirme de toda contradiccion directa de las opiniones de otros, ó toda asercion positiva en favor de las mías. Llegué hasta el estremo de prescribirme, conforme los antiguos reglamentos de nuestra junta, la obstinencia de toda espresion que denotase un modo de hablar fijo y detenido, como: "ciertamente," "sin duda alguna," etc; y en su lugar adopté: "me parece," "creo," "presumo que tal cosa es de este ó del otro modo;" ó bien: "por ahora me parece así." Cuando otro arriesgaba una proposicion que me parecia errónea, me privaba del placer de contradecirle bruscamente, y de manifestarle desde luego lo absurdo de sus espresiones; y en mi respuesta empezaba por observar que en tales ó cuales casos ó circunstancias, su opinion podiera ser justa, pero que en la ocasion presente creia ó me parecia que la cosa era distinta.

No tardé mucho en conocer la ventaja de este cambio en mis modales; las conversaciones en que tomaba empeño eran mas agradables; el tono modesto con que esponia mis opiniones, las facilitaba una acogida mas pronta, y no sufrían tantas contradicciones; yo experimentaba menos mortificacion cuando me equivocaba, y conducia con mas facilidad á mis adversarios á abandonar sus errores, y unirse á mí cuando llevaba la razon. Este método, al cual no pude sujetarme en un principio, sino violentando mi inclinacion natural, llegó á serme tan fácil, tan habitual, que acaso de cincuenta años á esta parte no habrá uno que haya oido escaparse de mi boca una palabra dogmática. A esta costumbre, ademas de mi carácter de integridad, es á la que principalmente me creo deudor del crédito que obtuve para con mis conciudadanos cuando propuse nuevas instituciones ó la modificacion de las antiguas, así como mi grande influencia en las asambleas públicas cuan-

do llegué á ser miembro de ellas; porque no era yo mas que un mal orador, nada elocuente, sugeto á mucha perplexidad en la eleccion de las palabras, apenas correcto, y sin embargo generalmente hice adoptar mis opiniones.

Finalmente, de todas nuestras pasiones naturales acaso no haya ninguna mas difícil de dominar que el orgullo; que se le disface, que se le mortifique cuanto se quiera, siempre permanece vivo, y de cuando en cuando rompe y se manifiesta. Acaso le reconocereis con frecuencia en estas memorias, porque en el momento en que creo haberle completamente subyugado, me vereis probablemente orgulloso de mi humildad.

BELLAS ARTES.

DE LAS ESCUELAS DE PINTURA.

PINTORES ESPAÑOLES.

UNA de las causas que dieron á las artes en España una prodigiosa actividad, fue la independencia que gozaban entre sí bajo el aspecto artístico las diversas ciudades principales. Con efecto, Sevilla, Madrid, Valencia, Granada, Zaragoza y Córdoba, eran otros tantos centros de estudio donde se formaban grandes pintores con estilo propio, y sin dejarse arrastrar por ningun influjo exterior. Cada ciudad se gloriaba de tener sus artistas peculiares, sus ilustraciones locales; y la direccion adoptada por ellos, hija del carácter especial de los habitantes de cada comarca, de su situacion, clima y costumbres, imprimia á las obras del arte un cierto sello de originalidad que fácilmente dan á conocer su origen.

Así como la Italia, la España artística tuvo sus dos grandes siglos, el XVI y el XVII; pero este último, fue mas glorioso aun para los españoles, así como el primero lo habia sido para los italianos. Madrid, Valencia y Sevilla fueron las tres cabezas de las principales escuelas españolas; la primera la de Castilla, tuvo por su gefe á *Velazquez*. La segunda se personifica naturalmente en *Juan de Juanes*, *Ribera*, y *Ribalta*; y la tercera, ó la sevillana, la mas fecunda, cuenta en primera linea á *Murillo*, *Zurbarán*, y *Alonso Cano*.

Tales son los siete ú ocho nombres que naturalmente vienen primero que todos á los labios entre siete ú ochocientos al hablar de las escuelas españolas; y ellos son para España lo que para la Italia y la Holanda, diez ó doce grandes notabilidades, que el transcurso de los siglos no ha podido hacer olvidar.

Los artistas eminentes cuyo turbulento natural ó las circunstancias de su vida lanzaron en peligrosas aventuras, en rápidas peripecias, dan á conocer en sus obras aquella fuerza de imaginacion, aquella vehemencia de contrastes, que sin duda debió inspirarles la rotacion continua de sus fuerzas intelectuales. Porque el hombre que regresaba á su obrador de vuelta de un duelo peligroso ó de algun galanteo arriesgado; el artista que ceñía espada y estaba acostumbrado á esgrimirla en defensa de su país ó de su persona, no es natural que pudiera inspirarse por la celestial vision de la Madre de Dios sonriendo á su divino hijo, ó de un santo cenobita implorando el auxilio del cielo con la penitencia y la oracion.

Ribera, que aunque pese á los italianos era español, fue uno de aquellos hombres audaces y turbulentos, dignos hijos del siglo XVI, que luchando durante su vida con todos los que le rodeaban, han logrado por el transcurso

del tiempo purificar su nombre, y hacer reflejar solo en él la gloria de sus obras inmortales. En ellas, sin embargo, se echa de ver el carácter fuerte, las impresiones trágicas y sombrías de una vida aventurera y extraordinaria; y si bien es cierto que á veces, como hombre superior, para quien nada es imposible, supo elevarse á la grata ternura, al rico colorido de los Vincis y Corregios, también lo es que su título de gloria principal consiste en la representación de la humanidad doliente y agobiada por los padecimientos de la enfermedad ó del martirio; en los colores sombríos, la espresion de la tristeza y del dolor.

Al paso que Ribera busca en la poesía religiosa de los mártires los asuntos de sus composiciones, Zurbarán se supo crear un tipo especial en la uniforme sencillez de los claustros, y variar hasta el infinito las diversas formas del austero religioso dominando sus pasiones por la vigilia y el ayuno, la meditacion y el sufrimiento moral; pero un sufrimiento tranquilo, íntimo y sin aparato exterior. Y tal es el poder del genio, que en manos de Zurbarán es un manantial inagotable de creaciones la mirada pensativa, la frente calva, el monótono hábito blanco de un pobre fraile; pintor verdaderamente místico, que ha sabido hallar en la simple espresion del sentimiento religioso, los mas variados y seguros efectos, y dar una animacion ideal y evangélica á sus mudas figuras, á sus paisajes inmóviles y desnudos!

El carácter de Zurbarán no era belicoso, ni aventurero; no vió la Italia, ni en los cuarenta años de su vida artística hizo otra cosa que pintar para los conventos é iglesias de Sevilla, Jerez y Madrid. Su actividad era igual á su talento, y aunque siempre agobiado de encargos, sabia hacer frente á todos, de suerte que se cuentan sus obras por centenares.

Por diverso estilo, y muy lejos de la vida claustral, supo buscar Velazquez los asuntos de sus admirables composiciones. Artista favorecido por la fortuna, cortesano mimado, amigo casi íntimo de su soberano, hubo de ejercitar su talento en las escenas de lujo y de magnificencia que pasaban en su derredor. Pudo saborear todos los placeres del amor propio, que en otros países licieron la gloria de los Vincis, Ticianes, Rubens y Wan-dyk. Sus obras, aunque muchas, fueron casi todas dedicadas al monarca, que parecia haber comprado absolutamente y de antemano todos los frutos de su pincel. Bien sabido es que Felipe IV se preciaba como su padre y abuelo, no solamente del título de aficionado, sino del de artista; y para probar el alto aprecio que un tal monarca debia hacer de tan gran pintor, no hay mas que recordar aquí la sabida anécdota del cuadro de familia, en que habiéndose retratado á sí mismo Velazquez, le pintó el rey en el pecho la cruz de Santiago; sublime inspiracion que luego imitó Napoleon con el célebre artista David. Velazquez, pues, colmado de honores, títulos y hasta de misiones diplomáticas, murió despues de una larga carrera en Madrid, su patria, sin haber nunca luchado con la adversidad; privilegiada condicion y muy agena por desgracia de la existencia de la mayor parte de los grandes genios.

Pero en cambio, ¡cuántos de nuestros artistas españoles han arrastrado una vida agitada por la desgracia! ¡cuántos no se han visto lanzados á los mas deplorables excesos, por la fuerza de su carácter, ó por la turbulencia de su imaginacion! ¡Qué existencia mas tristemente varia que la de Alonso Cano, esta especie de Cellini español, con sus duelos, sus pleitos, sus quimeras, el asesinato de su mujer, sus persecuciones, prisiones y tormentos; su retiro del mundo á la vida religiosa, y sus disputas con el cabildo de Granada; sus espléndidos dones de parte de sus obras, y sus exageradas pretensiones por las otras; la rica

variedad de estas en arquitectura, pintura y escultura; y los diversos estilos y contradicciones, que marcaron su larga y animada carrera!

En cuanto á Juan de Juanes, este otro pintor místico, aunque de carácter mas dulce y tranquilo; este hombre en cuyas obras de rara perfeccion, se revela la fé y el santo entusiasmo del artista, que se preparaba con la sagrada comunión antes de darlas principio, es doblemente ilustre por su mérito intrínseco; y por haber sido el fundador de la escuela valenciana, que es la que mas analogia guarda con la de Rafael.

Si la existencia de Velazquez fue lujosa y espléndida y las de Cano y Ribera turbulentas y borrascosas, la de Murillo, por el contrario, no ofrece en toda ella mas circunstancias que las comunes de la vida. Tras de una juventud laboriosamente empleada en obras de surtido, que los compradores mal pagaban, tuvo la fortuna de encontrar en Madrid, y en el gran Velazquez, un protector generoso que le puso en situacion de seguir los buenos estudios, y desarrollar su privilegiada imaginacion. De vuelta á Sevilla trabajó allí durante cuarenta años sin interrupcion y sin descanso una multitud prodigiosa de cuadros, en los cuales se señalan bien por lo menos tres épocas distintas de sus conocimientos, de su edad y su estilo; aunque en todas ellas se eleva á una altura propia, superior, y verdaderamente prodigiosa.

¡Qué de nombres pudiéramos aun añadir para dar siquiera una rápida ojeada por esas diversas escuelas españolas que tanto y tan admirable fruto han producido! ¡Cuán rica seria una simple nomenclatura que (aun haciendo abstracion de los primeros gefes) comprenderia para la escuela valenciana á Orrente, Ribalta, Espinosa y Vicente Juanes; para la de Madrid, despues de Velazquez, á Berruguete, Gallegos, Pantoja, Pacheco, Coello, Carducho, Tristan, Sebastian Martinez, Cerezo, Maso Martinez, Rici, y Carreño; y para la sevillana, despues de Murillo, Cano y Zurbarán, á Luis de Vargas, Fernandez, Cespedes, Sanchez Cortan, los Herreras, Pedro de Moya, Antolinez, Bocanegra, Niño de Guevara, Meneses, Tovar y Villavicencio! ¡Cuánta fuerza y poderío en estas escuelas en que tantos artistas sobresalen en pintar los sentimientos del alma, en hacer sensible á la vista las mas sublimes ideas, en estudiar el corazon para revelarnos sus misterios! Y sobre todo ¡qué de maravillas no ha obrado esta otra maravilla, la fé, la fé pura, religiosa, y sublime que inspiraba el pincel del artista, y subyugaba la imaginacion de un pueblo ardiente y apasionado!

PINTORES ITALIANOS.

El arte en Italia se nos presenta con diversas condiciones que en España; los artistas allí están mas diseminados aun; los elementos inspiradores son vários y los géneros diferentes. Pero en Italia como en España, ya hemos dicho que existe esta division marcada en grupos diferentes, y á veces rivales, en puntos distantes y sin influencia respectiva, y esto dá á las diversas escuelas mayor interés y contraste.

Un convenio mas ó menos arbitrario clasificó las diversas escuelas italianas, hasta que Lanzi con ingenio metódico y reflexivo, y auxiliado con profundos estudios, dividió su patria en alta y baja Italia, para trazar la historia de sus diversas escuelas y pintores; ocupándose primero en la baja Italia, donde halla en primer lugar la escuela Florentina; 2.º la de Siena, 3.º la de Roma, y 4.º la de Nápoles. La alta Italia le ofrece en 5.º lugar la escuela Veneciana; 6.º la de Mantua; 7.º Módena; 8.º Parma; 9.º Cremona, y 10. Milan. Trata despues aparte de la escuela Boloñesa, la undécima en el orden que se propone. Ferrara,

Génova, y el Piamonte completan en su clasificación el número total de catorce grandes escuelas italianas.

Pero este lujo de aparato puede reducirse á una cifra menor, y para abrazar el conjunto del arte italiano, basta á nuestro entender señalar las cinco escuelas de primer orden que han prevalecido: y otras dos que han alcanzado una gloria secundaria, componiendo un total de siete grandes familias ó gerarquías de pintores italianos, en esta forma.

Escuela Florentina y Toscana. — Romana. — Veneciana. — Lombarda ó Milanese (que comprende Parma, Módena, Mantua, etc.). — Boloñesa (subdivisión tan brillante de la escuela lombarda, que merece una denominación especial). — Napolitana. — y Genovesa.

Florenia se gloria de ser la madre de todas las escuelas de Italia. En la escuela florentina, que es la de las invenciones atrevidas y del dibujo grandioso, se encuentran los nombres de pintores, que si han podido ser sobrepujados despues, tuvieron la gloria de ser los primeros. Tales son Cimabue, Giotto, Paolo Veello, Fra Filipo, Masaccio, cuyas obras, ya bellas por sí mismas, ofrecen algo mas que interés histórico: Ghirlandaio, que fue el maestro de Buonarroti; el Verocchio, que tuvo por discípulo á Vinci; en fin aquellos genios colosales, *Leonardo* y *Miguel Angel*, y á su lado Fra Bartolomeo, y Andrea del Santo.

Roma se personifica en el nombre de *Rafael*, y en su derredor se agrupan los de sus maestros y discípulos: Perruginio, Julio Romano, Perino del Vaga, el Fattore. Las épocas siguientes dan á Roma el Poussin, Claudio Lorenes, (aunque ambos franceses), el Garofolo, Salvator Rossa, los dos Caravaggi, Zuehari, el Barrochio, Andrés Sacchi, el Jussepino, Carlos Maratti, Pedro de Cortona, Battoni, Mengs, erudito alemán, bien conocido en España, que descubre en sus obras mas talento que imaginación, mas conveniencia que genio.

Si Roma tiene, por decirlo así, el privilegio del dibujo noble y puro, de la composición sublime y calculada, Venecia ofrece el prestigio de un inimitable colorido. A las escuelas sus rivales opone un considerable número de artistas diversamente célebres, desde los hermanos Bellini y el Giorgione, pasando despues al Ticiano y Pablo Veronés, el Tintoretto, á los dos Palma, y Sebastian del Piombo para llegar á París Bordoni, el Bassano, el Paduano, y el caballero Liberi, que supo aun dar cierto esplendor á una época de decadencia.

En la escuela Lombarda nos hallamos á *Leonardo Vinci*; y muy por bajo de él á Luini, Salañ y Gandanio Ferrari: despues el Mantegna y su discípulo el Divino *Coreggio*, y el Parmesano. La gracia de los pintores de Lombardia dá al claro oscuro una grande importancia en el arte, y fiados en él disputan á los venecianos la palma del colorido. ¡Qué de semejanza entre el Ticiano y *Correggio*, y qué de perfección en ambos! y hay que advertir que Rubens, este otro famoso colorista, no lo fué ni á la manera del Ticiano, ni á la de *Correggio*: tan diversos son los recursos del arte, y tantos los caminos por donde el verdadero genio sabe llegar á la perfección!

La ilustración de la escuela Boloñesa data de los Carracci. El primer maestro de la mayor parte de los pintores de esta escuela Dionisio Galvaert, es un curioso ejemplo de lo caprichoso y fugitivo de la fama, y hoy apenas es conocido sino por la desercion en masa de sus discípulos, que corrieron á inscribirse en la escuela de los Carracci. Esta no llegó en verdad á la altura de las grandes épocas de Miguel Angel, Rafael, Ticiano y *Correggio*, pero aprovechó bien de sus frutos, ofreciendo un conjunto armonioso de las diversas cualidades que llegó á substituir á la espontánea originalidad. La ciencia de la composición, el

dibujo, el colorido, el claro oscuro, todas las diversas combinaciones del arte con sus respectivos medios, concurren para glorificar una escuela simultáneamente ilustrada por Luis, Anibal y Agustín Carracci, el Dominiquino, Lioeldo Spada, el Guercino, Albano, y Guido Reni.

La escuela napolitana cuenta un origen muy antiguo, y tuvo ya artistas contemporáneos de Cimabue y de Giotto. La fama de sus producciones data desde la llegada á Nápoles de Polidoro de Caravaggio y del Fattore, ambos desterrados de Roma por el saco de 1527. Despues de la dominación de estos imitadores de Rafael, sucedió la de Miguel Angel por el Vasari, y Marco de Siena. Vinieron despues Ribera (el españoletto) Lanfranco, Guido, Dominiquino, Jussepino, Salvator Rosa, y el Calabrés; y en la última época Lucas Jordan, y Solimena.

En tanto que Nápoles recogía los restos de la escuela de Rafael, despues del saco de Roma, y que Julio Romano era llamado á Mantua, Perino del Vaga, instituía en Génova una nueva escuela de pintura. Citanse despues las obras que vinieron á ejecutar á dicha ciudad el Ticiano durante una residencia de tres años; despues Salimbeni, y el Sorri de Siena, despues Agustín Tassi, y en fin Rubens y Vandik. Uno de los pintores originarios de Génova que han trabajado mas fue Bernardo Strozzi (el Capuchino), una de las glorias de la escuela genovesa.

PINTORES FLAMENCOS, HOLANDESES, ALEMANES Y FRANCESES.

Las escuelas flamenca, holandesa y alemana, forman con los tipos italianos un contraste notable y fértil en observaciones artísticas. Los nombres mas antiguos para cada una de estas tres escuelas son: *Alberto Durer*, *Juan de Brujas* y *Lucas de Leyden*. Por cima de todos los nombres flamencos se eleva el de *Pedro Pablo Rubens*, uno de los dioses de la pintura, y que supo dominar todos los géneros, desplegando en todos ellos la mas asombrosa fecundidad de invención, el mas seguro calculo, y la ejecución mas atinada. El Rubens de la escuela holandesa es *Rembrandt*, lo cual basta para dar á los flamencos una superioridad incontestable, si ya no tuvieran para apoyarla un *Vandik*, un *Teniers*, y otros infinitos.

Si desde las grandes escuelas españolas, italianas y flamencas pasamos á la escuela francesa la hallamos desnuda del interés que aquellas inspiran por su gran vuelo y la emulación de los diferentes estilos y medios. — No hay en Francia aquellos nobles esfuerzos entre ciudades rivales de Madrid, Sevilla y Valencia. — De Florenia, Roma, Venecia y Milan. — De Brujas Anvers, Amsterdam y Harlem. Allí en pintura no hay mas que un nombre: París.

En el siglo XVII cuenta grandes nombres; Lebrun, Mignard, Lusueur, Poussin (que la Italia le disputa), los Jouvenet, los Coypel, Rigaud y Largilliere. En el siglo XVIII las reputaciones crecen en número, y disminuyen en valor. Despues de Sableyras y Restout, ocupan los primeros lugares Lemoyne, Natoire y Nattier. Despues Boucher hace prevalecer su gracia amanerada, su incorrección y convencional colorido. Despues Vanloo y luego Vien se esfuerzan en restablecer los estudios severos. Drouais y *David* realizan su pensamiento, y la escuela de este último ejerce durante treinta años una dominación despótica, hoy reemplazada por una reacción, en que se hallan confundidos todos los géneros, todos los ensayos, todas las imitaciones.

Pero es preciso confesar que si la escuela francesa carece actualmente de disciplina, tiene al menos la ventaja de estar llena de vida y ardor, mientras que en las demas naciones el ardor y la vida del arte ha desaparecido. La España ha perdido hace muchos años sus profun-

das inspiraciones; sus artistas espontáneos desaparecieron con Goya. La Italia, indolente y cansada, no tiene apenas mas pintores que los que la Alemania le envia. La Inglaterra no ha podido todavía hacer traspasar de su isla la reputacion de algunos de sus colosistas; la Alemania, que acaba de reanimar el culto de las artes en Munich, en Dusseldorf en Berlin y en Francfort, y que ha fundado una colonia artistica en la misma Roma, solo aspira hoy á elevar una escuela rival de la francesa. Lo que pudiera ocurrirles mejor á los franceses y alemanes, sería que se dedicasen á estudiar sinceramente los verdaderos maestros que ofrecen mas que imitar, los antiguos españoles é italianos

G. A.

NOVELA ARABE (1).

EL AMOR.

INSISTIENDO El-Mansur en el gran designio de su vida, de someter á la media luna toda la Península ibera, y de poner los Pirineos por límites del imperio de la Cruz, continuaba con el mismo ardor y constancia sus operaciones militares, siempre brillantes, pero siempre infructuosas; y para acometer de frente su proyecto de conquista general, sin confiar á ningun otro el cuidado de participar de su ejecucion, dió un año de respiro á los castellanos y leoneses, y volvió sus armas contra Cataluña; emprendiendo esta expedicion por el camino que siguió el emir Abd-erraman cuando cruzando los Pirineos penetró en *El Belad afranc*, pasó sus victoriosos estandartes por las riberas del Ródano, despues por las del Garona, en seguida por las costas del Océano, y finalmente por las del Loira, hasta las campiñas de la capital de la Turena, en donde encontró el hacha de Cárlos Martel.

El conde Borel, heredero de los antiguos duques de la Septimania, bajo cuyo imperio habia estado la Galia gótica absorbida despues por el vasto imperio de Carlo Magno, gobernaba á la sazón el condado de Barcelona; y habiendo pedido socorro á su soberano, el rey de Francia, el mayor Hugo Capeto que reinaba en aquella época por Luis IV, como el Hajib El Mansur por Hercham 2.º, le habia mandado algunas tropas de la Aquitania. Con cuyo refuerzo se habia lisongeado Borel de disputar á los árabes el paso del Ebro; pero, derrotado completamente en un encuentro sangriento, se refugió en lo mas espeso de las montañas inaccesibles que separan Cataluña de Aragón, y el ejército de Elmansur, despues de haber pasado el rio que dió nombre á la antigua Iberia, se extendió por todo el fértil llano que encierran las crestas de las montañas y las olas de la mar.

Abd-El-Malek, compañero inseparable de las empresas y de las fatigas de su padre, bajo cuyo ejemplo aprendia el arte de la guerra y el de gobernar, mandaba una de las divisiones del ejército musulman; y segun la costumbre, le acompañaban algunos jóvenes elegidos por él,

(1) El autor de esta novelita, Mr. Luis Viardot, es uno de los pocos franceses que han escrito acertadamente de las cosas de España, y conocido bien la índole de nuestro idioma, literatura y costumbres, de que son buena prueba sus varias obras sobre nuestra historia, legislación y bellas artes; su excelente traduccion del Quijote y de las novelas de Cervantes, y los lindos cuadros de costumbres de los árabes españoles, de que hoy presentamos á nuestros lectores una muestra. Nunca nos ha parecido para ello mejor ocasion que la presente, en que el Señor Viardot se halla entre nosotros en compañía de su esposa la Señora García, cuyos delicados aceros resuenan aun, excitando el entusiasmo, en los salones del Liceo de Madrid.

que, bajo diversas denominaciones, no precisamente domésticas, sino de servicio personal, formaban como si dijéramos su casa, su familia y su sociedad. Entre ellos al que mas distinguia El Malek con su aprecio y afecto, era su médico Yesid, joven árabe de Fez, que se habia venido con él de Africa á Córdoba, despues de su expedicion victoriosa contra los Bereberes sublevados.

Estudioso, modesto, de un carácter siempre igual, pero siempre sério, viviendo en el retiro y huyendo, sin vituperarlas, las diversiones de los hombres de su edad, Yesid grave antes de tiempo, se hacia querer, é inspiraba compasion. Abd-El-Malek, que solo á su compañero de armas *El-Mandhir* preferia sobre el joven fezano, veia con sentimiento la profunda melancolía que sin cesar sombreaba con una nube de tristeza el noble semblante de su favorito, pero se esforzaba en vano, con los cuidados mas esmerados, para atraer á los labios pálidos de Yesid la sonrisa habitual de la juventud. Nadie sabia el secreto de esta melancolía: y viéndole siempre retraido, meditabundo y entregado con ardor á los estudios mas áridos, cualquiera habria podido creer que Yesid investigaba, en el dédalo de aquellas ciencias quiméricas nacidas de la química y la astronomía, algun misterio de la naturaleza, algun secreto de la tierra ó de los cielos. Y aun esta era la opinion mas comun; porque, en medio de la inclinacion natural de los hombres de su profesion, era mas natural el suponer al joven docto el gusto por las investigaciones cabalísticas, que una de esas penas profundas, irremediables, que marchitan la vida desde su primavera.

Abd-El-malek dejaba con frecuencia las alegres distracciones de sus compañeros de armas por los coloquios solitarios y graves de su médico, y encontraba un grande encanto en el pensamiento elevado, en las sentencias austeras del joven filósofo, á quien tambien creia adepto de las ciencias ocultas. Un dia que despues de una larga marcha descansaba el ejército, acampado en un valle fresco y frondoso en las riberas del Francolí, y que El Mansur se divertia en echar sus halcones á unas bandadas de grullas, el hijo del Hajib quiso provocar á su médico al docto combate del ajedrez, y pasó á su tienda de campaña, que siempre se ponía al lado de la suya. La encontró abierta, pero vacía, y todo anunciaba que el habitante estudioso de aquella celda militar, llamado sin duda á la cabecera de algun soldado herido, habia sido bruscamente distraido de sus trabajos.

Sobre las grandes páginas de un manuscrito griego estaba desarrollada una hoja de papel de seda, y la pluma de caña (1) apenas seca, se encontraba aun estendida sobre los últimos renglones que acababa de estampar. Abd-El-Malek se acerca, y una curiosidad de instinto, mas pronta que toda reflexion, le hizo echar la vista sobre aquel escrito, que contenia sin duda con la prueba de los trabajos secretos de Yesid, la confesion de las penas de su alma, y la explicacion de su precoz austeridad. Sin embargo, las miradas del indiscreto amigo no encontraron sus figuras cabalísticas de astros ó de animales, ni cálculos algebráicos sobre las propiedades de los números, ni los nombres asociados de metales y de plantas. La imagen de una misma sílaba, reproduciendo en toda la página la terminacion uniforme de renglones irregulares, anunciaba al primer golpe de vista que no habia otra magia en la obra de Yesid que *El-sahr El-atal*, ó la magia permitida, denominacion especial de la poesia entre los árabes. Los versos no son en manera alguna el lenguaje epistolar, sino el de los sentimientos recónditos y de la íntima confianza; hechos por la imaginacion y para ella, no tradu-

(1) El Kalam.

cen mas pensamientos que los que al poeta place publicar. Abd-El-Malek, indeciso por un momento, leyó al fin los versos de Yesid.

"La pena abate mi valor, y la entereza del alma le reanima; mis lágrimas, ya obedientes, ya rebeldes ceden al combate de estos dos afectos contrarios."

"Yo soy como la joven palma del Mogreb (1) que plantada en las riberas fértiles de Guad-el-Kibir, eleva hasta los cielos su cima ondeante, que mece y acaricia el dulce céfiro de los algarbes."

"Un héroe generoso, cuya mano derecha no se abre sino para derramar beneficios, riega incesantemente sus raíces con la lluvia de su munificencia."

"En su morada, los votos de sus huéspedes y de sus sirvientes son colmados; y se diría que todos sus instantes son noches frescas y embalsamadas."

"Ah! que no sea yo insensible como la palma del Mogreb! que no hubiese yo perdido como ella el recuerdo de la tierra que me vió nacer!"

"Yo no sentiría caer sobre mi corazón los aguaceros de dolor, que sin cesar le inundan, y no diría á la suerte: ¿Por qué las lágrimas que corren de mis ojos no pueden extinguir el fuego que abrasa mis entrañas?"

"¡O tú, caminante, que, montado en un camello vigoroso, caminas, al saltar en tierra de tu vagel, por el camino de la gran ciudad de Fez, de la ciudad de dos aljamas construidas por manos femeninas!"

"Asciende por la derecha de las tres sierras, flanqueadas de caminos escarpados, y penetra en el seno de un valle florido, que baña un torrente que corre entre guijas, y al cual concede el cielo dos cosechas cada año."

"Después, saluda en mi nombre á los habitantes de ese lugar querido, y díles: "Cuando me separé de vuestro amigo, suspiraba por vuestra presencia; su cuerpo viaja por el país de los infieles, pero su corazón está en *Adjiad*."

"Sí, yo lo juro por los ángeles del templo y por sus velos sagrados, por la piedra negra de Ismaél y por los montes Safali y Menyah, entre los cuales corren los adoradores fervorosos."

"Jamás el soplo del céfiro ha hecho inclinar el absinto de las colinas, sin que me haya traído de *Adjiad* olores suaves y vivificantes."

"*Adjiad*! Allí están los objetos de mi ternura. Allí mi madre me alimentó con la leche de sus pechos, y me enseñó á balbucir el nombre del verdadero Dios."

"Allí vieron mis ojos por la vez primera aquella tierna gacela de que está prendado mi corazón: y cuando el lustre de su hermosura hirió mis miradas, aun antes de sentir amor, me dije á mí propio: soy hombre vencido."

"Desde entonces, mi alma se ha transmutado en su alma, y los días de mi vida los cuento por los días de la suya. El amor en que me abraso es tan puro como el rostro de blancura brillante de los escogidos."

"Si me entrego á la oración, mis labios, mientras que recorro el libro sagrado, murmuran sus alabanzas: y dejar de pensar en ella por un solo momento, me parece un crimen tan grande como el de quebrantar el ayuno."

"Cubierta con el velo de su cabellera, si se pasea entre las sombras de una noche parecida á los rizos negros de sus cabellos, la radiante blancura de su frente la dirige, y la sirve de luz como las lumbreras del firmamento."

"Sí, durante la noche, dirigía sus pasos por entre las bellezas odoríficas de un jardín, cercano á las orillas de un estanque donde crece y se pompea el nenúfar, engañadas por el brillo de sus encantos, se elevarían las flores sobre

las ondas, creyendo que el sol había aparecido en el Oriente."

"Cuando respira mi bien amada, sí, dice el musco, de su aliento embalsamado compongo yo mis mas delicados perfumes."

"¡O ráfaga de arenas del desierto, no te menees siquiera, cuando ella mueve su planta leve sobre la yerba de los prados! ¡O relámpago, ten cuidado de no brillar, cuando ella muestra, para sonreírse, la blancura de sus dientes!"

"Pero ella es tan modesta, que si el sol, enamorado de su beldad, descendiese hácia ella por un exceso de amor, se retiraría á la sombra para evitar su presencia."

"Los años que he vivido á su lado se pasaban con la velocidad de un día, y desde que carezco de su luz, cada día pasa tan lentamente como un año."

"Dios sea loado! Mis sentidos enagenados la encuentran frecuentemente en todo lo que tiene gracia y encanto."

"En los tonos armoniosos de la lira y de la flauta, cuando estos dos instrumentos combinan sus sonidos."

"En los valles risueños, á donde vienen á pacer las timidas gacelas con la frescura deliciosa de la noche y al romper de la aurora."

"En los sitios en que el céfiro suelta los pliegues de su túnica embalsamada, cuando con el ligero crepúsculo de la mañana me trae los mas suaves olores."

"¡Vanitas ilusiones! ellas huyen ante el calor de los ojos, (1) como las sombras ante la sonrisa de la aurora, cuando al día principia á desplegar sus alas en el horizonte de los cielos."

"*Yesid* entonces lanza de lo mas profundo de su pecho quejas dolorosas como las del ruiseñor, que ve coger su rosa favorita, y retirado á los ángulos de la desesperación, bebe á grandes tragos el veneno de la ausencia."

"¡O madre mia! ¡ó mi bien amada! Si acaso el ángel del destino..."

Aquí se habia parado la pluma del poeta, confidente de las penas de su corazón; aquí terminaban las declaraciones que habia confiado al papel, como en el corazón de un amigo. Y Abd-El-Malek daba gracias al cielo que le descubria así el secreto de *Yesid*. Aquella melancolía habitual cuya palidez cubria las mejillas del joven médico, no era pues el despecho de un alma orgullosa contra el velo con que la naturaleza encubre sus impenetrables misterios; era la languidez de un alma tierna y lastimada: y para este mal acaso habia remedio.

Cuando volvió *Yesid* á su tienda, y vió á Abd-El-Malek de codos sobre su escrito de por la mañana, sintió como un movimiento de indignación contra su propia negligencia, y contra la curiosidad del indiscreto visitante. Pero el semblante de Abd-El-Malek, luego que levantó la vista, espresaba tanta benevolencia, tanta compasión, tantas simpatías; fueron tan tiernas sus reconvenções, doliéndose de un amigo que penaba en el silencio, sin buscar otro confidente de sus penas, que los mudos instrumentos que pinta el pensamiento; y sus súplicas fueron tan vivas, instándole á que le descubriese, en una confesion completa, el secreto que le habia sorprendido, que *Yesid* vencido en fin por la fuerza de la amistad, consintió en confiar al hijo de El-Mansur la completa y fiel historia de sus penas. Y hé aquí como la contó.

(Se continuará.)

L. VIARDOT.

(1) Occidente y por excelencia el imperio de Marruecos.

(1) *Calor de los ojos* quiere decir pena, dolor, aflicción, como frescura de los ojos, placer, satisfacción, contento.